

A r m a n d o R o a

El ser del hombre

S U M A R I O

1. Los supuestos de la conciencia.—2. Intimidad y mismidad.—3. El hombre y la figura orgánica.—4. Las ciencias históricas.—5. Estructura metafísica del hombre.

Preguntar por su destino es parte del destino humano y ningún destino se origina ni se consume sino en la substancia; pero hablando de substancia damos paso a la Metafísica y nuestra época no piensa bien de los problemas metafísicos, los cree subjetivos; el hombre —dice— no debe interrogar a su substancia, estando como lo está sumergido en su seno; para hacerlo necesitaría abandonarla, ubicarse a su lado, tocarla, mirarla en perspectiva; la ventaja es de las ciencias naturales, pues miden lo sensorialmente perceptible desde el alejado campo no perceptible de las ecuaciones matemáticas, y sólo más tarde vuelven sobre lo concreto a verificar respuestas.

Heidegger accediendo a ese reparo ideó toda una experiencia gracias a la cual en medio de la angustia, asistimos al retroceso del ser entero, incluido el nuestro, y lo miramos desde la “nada”.

I. LOS SUPUESTOS DE LA CONCIENCIA.—No se ha notado sin embargo, que el punto de partida debe ubicarse en la conciencia, pues si bien ella está lejos de parecerse a la “nada pura”, es lo bastante diversa del ente como para hacer su análisis metafísico con la extrañeza necesaria. Si el descrédito de la metafísica es su imposibilidad de mirar al ente desde fuera, ya que todo, el investigador incluido, es ente, un estudio de los supuestos de la conciencia, creará una fe renovada.

Todo ente es determinado, es ésto o aquello, pero la conciencia en sí, carece de determinación, de otro modo perdería neutralidad para cogerse a sí y a las cosas; el hecho mismo de que ella sea capaz de eso, prueba su esencial indeterminación, su “no-entidad”. No-ente, en el sentido de no coincidir con ninguno de los infinitos objetos posibles de conocimiento; justo por eso puede conocerlos todos.

Nada tiene que ver este hecho verificable por la experiencia inmediata, con posiciones del tipo del Idealismo o el Realismo, que pretendan dar una solución al problema del origen de la conciencia y sus contenidos; en

ambos casos, la conciencia en cuanto cognoscente debe de hecho mantenerse neutra para cogerse y distinguirse, ya de ella misma, en cuanto conciencia concreta conocida, ya de sus objetos.

Al saber de sí, de alguna manera sabe también de los objetos, pues saberse, es ir delimitándose como un algo frente a otros, aun cuando esos otros no existan y sean meramente posibles. No puede darse conciencia, sin serlo de "algo", lo cual pone desde la partida "lo extraño" en su seno; sin "lo extraño", que le permite decir: "no soy esto, ni lo de más allá", permanecería paradójicamente ajena a sí misma; aún más, el auto-conocimiento exacto le exigiría el conocimiento de los infinitos objetos posibles de conciencia.

Si la conciencia cognoscente no es algo determinado y, sin embargo, algo es, se hace necesaria una búsqueda esclarecedora. Desde luego, ¿de qué se delimita si ella misma no es propiamente un ente con estructura cualitativa y cuantitativa específica? Se delimita justo, de todos los entes; se delimita sabiendo, que no es esta cosa, la otra, ni la de más allá, que no es por fin ninguna, sino un puro conocimiento. Ahora, un conocimiento debe originarse en algo, pues de la nada, nada se origina.

Si la conciencia es engendrada por un ente, ¿cómo se libera de los lazos cualitativos del ente del cual nace, para mantenerse limpia por dentro de toda estructura y ser por tanto capaz de cogerlas neutralmente? Sin esa neutralidad no podría auto-reflexionar ni tomar nota de nada. La conciencia, parecida al número matemático, toma origen en un ser concreto, pero se ubica en seguida frente a él, y es capaz de medirlo; la única condición posible entonces, es que la substancia en la cual se da —la del hombre por ejemplo— esté formada por enorme variedad de elementos cualitativos, de tal modo que, sumándose sus actividades, la suma abarque simultáneamente a todos, pero a ninguno en especial. El todo resultante es la conciencia. Si alguno de esos actos no se vaciara íntegro en el todo y conservase algo del matiz del elemento originante, esa parte teñiría al todo, quitándole lejanía frente a la totalidad del ente. A más de eso la auto-reflexión ya no sería posible, pues auto-volverse sobre sí, es saberse capaz de ver las cosas, sin ser la conciencia misma una cosa —y lo sería en cambio, si algún elemento cualitativo la dominase, pues en tal evento se la podría ubicar dentro de un género y una especie— o en otras palabras, verse como continente y no como contenido.

La conciencia postula entonces en su base, una substancia cualitativamente múltiple y exige fusión hasta la unicidad de sus actos respectivos, no de los elementos originantes de esos actos, pues gracias a su autonomía

mantiene la diversidad de operaciones y siendo diversas, pueden al identificarse, neutralizar recíprocamente sus particulares matices.

Partiendo del hecho de conciencia, hemos postulado un tipo determinado de substancia, substancia no homogénea —si fuese homogénea, la conciencia como acto suyo sería igualmente homogénea y no podría diferenciarse de ella para auto-conocerla— sino cualitativamente múltiple. Pero nada repugna tanto al sentimiento científico, como esta vieja palabra; nosotros la usamos en su significado primero: aquello que soporta directamente la existencia; delimitamos su ser íntimo, como en el caso del hombre, desde hechos, tal el de conciencia, dados de inmediato y verificamos las exigencias, que para poder ser tales, ponen a su fundamento básico. No vemos motivo para sustituirla, mientras las condiciones de la filosofía no lo haga necesario; el filósofo, el científico y el poeta, tienen derecho a su propio lenguaje, al que por tradición u otras razones, expresa el ángulo bajo el cual coge las cosas, pues nada hay tan ocioso como el uso indiscriminado de palabras, pertenecientes a formas distintas de conocimiento.

2. INTIMIDAD Y MISMIIDAD.—La conciencia no es puro conocimiento, es además intimidad y mismidad; la primera la resguarda de lo ajeno a su querer, la segunda le hace abarcar de un golpe las sucesiones temporales.

Lo “íntimo” deriva de su unicidad y lejanía; el ente es algo determinado y lo determinado no puede abarcar algo “inesencial” como la conciencia; es ésta quien lo mide, no al revés. Lo íntimo la resguarda, dejándole las cosas en categoría de contenidos suyos; eso mismo la hace vivir las demás conciencias, tan “inesenciales” e “inabarcables” como ella, no ya en calidad de “contenidos”, sino como extrañas, iguales o diversas, como otros “yo”, tu”, o “nosotros”, según entre en ese contacto el puro conocimiento o el amor.

El amor —tomado en cuanto experiencia— al hacernos vivir en otras conciencias, a pesar de su “inesencialidad”, unidades valiosas, distintas de la nuestra —y por distintas, irremplazables y dignas de amarse— nos indica que la substancia humana, que origina esas conciencias, es de una multiplicidad cualitativa de otro orden; nos lleva así, antes de ninguna ciencia histórica, a comprender lo diverso de cada una. El conocimiento que busca siempre esencias y por tanto lo determinado, se dirige por naturaleza al ente; el amor en cambio, coge parecidos y desigualdades en actos del tipo del de la conciencia, donde reina la indeterminación y ninguna esencia impera, pues si alguna lo hiciese, ya lo dijimos antes, se quebraría la lejanía y la posibilidad de conocimiento.

Al revelárenos diversas, se hace presente la particularidad de destino de cada una y la posible existencia de una más alta, de una suprema unidad capaz de abarcarlas todas. Es lo plural quien plantea una conciencia última, en la cual lo diverso de cada una esté contenido y a cuyo través podamos dialogar con lo diverso de las otras. Así de lo "íntimo" de ellas pasamos a su pluralidad y de ahí como por una exigencia, a la divinidad, último Logos. El cristianismo tiene razón cuando afirma lo inoperante del amor hecho al margen de lo divino; el amor parecido en esto al conocimiento tiene etapas; la primera marca lo diverso y es humana, la segunda busca nueva forma de unidad y exige la presencia de un Logos absoluto.

El desamparo nace cuando a lo variado de las conciencias se agrega la ausencia de aquella unidad más alta.

La "mismidad" es lo unitario dentro de los cambios, entiéndase cambios en la conciencia percipiente y no en sus contenidos, que representan más bien al mundo esencial. Nada tiene que ver tampoco con la "identidad"; alude esta última, a la unidad dada entre la conciencia percipiente y sus contenidos, en la medida que estos últimos a pesar de sus variaciones, siguen siendo "los mismos", presentados de modos diversos. La mismidad alude a cambios en la esfera inesencial de la conciencia en sí. Dilthey, señaló con fuerza tales caracteres, pero no delimitó las diferencias entre "lo idéntico" y "lo mismo". Si no hubiese mismidad, o sea, permanencia y cambio simultáneo, nos sería imposible saber del tiempo; aún postulado como puramente imaginario, la conciencia no podría tener la imagen de algo que le es absolutamente extraño. La mismidad es fuente del conocimiento del tiempo y no del tiempo real, pues en lo indeterminado o insencial de la conciencia no cabe un tiempo real; el tiempo indica variación y sólo puede variar lo determinado. El tiempo real transcurre en los elementos entitativos, la suma de cuyos actos origina la conciencia, pero no en la conciencia resultante. Notando esos cambios inesenciales señalados por la mismidad —en lenguaje cotidiano diríamos, cambios en el modo de percibir las cosas, no cambios de las cosas percibidas— la conciencia se hace presente para sí las transformaciones cualitativas de la propia esencia que a ella la origina, pues la mismidad es sólo el reflejo proyectado en ella, de los cambios, entitativos de la substancia, sub-yacente. Se convierte así en fuente de lo temporal y lo histórico.

Por lo inseguro en cuanto a la permanencia de sus estados, es que procura poner a salvo los contenidos, proyectándolos fuera de sí, en creaciones objetivas; sabe de otros momentos igualmente valiosos, en los cuales al crecer o decrecer ella, los vivirá ya en otros modos.

La mismidad es también la forma como se coge la naturaleza de la conciencia, puesta más allá de toda naturaleza definida y que por eso, por no tenerla, no exige nueva distancia para saber de sí. El conocimiento de objetos, en cuanto cada uno posee estructura determinada, exige perspectiva al compararlos en busca de semejanzas y desigualdades. La conciencia en sí, carece de ese tipo de estructura y eso le permite auto-conocerse directamente sin tomar distancia; la ausencia de estructura la libera de la necesidad de compararse con otras estructuras; su auto-saber es por esa razón, un absoluto.

La esencia del hombre se constituye por el orden de los variados elementos interiores, su unidad es la de ese orden; lo unitario de la conciencia deriva en cambio del puro movimiento fusionado de tales elementos y es entonces, unicidad sin "esencia".

A la inteligencia le resulta difícil distinguir una actividad, del elemento que la origina, pues ambos en principio deberían ser de idéntica naturaleza, pero en este caso se trata de una distinción impuesta por la naturaleza de la conciencia, que de otro modo se hace incomprensible. Tampoco es fácil lo inverso, identificar elemento y acto, pues uno se presenta como más permanente y lo otro, transitivo; se trata en suma de esas clásicas aporías, que ya empiezan a aparecer también en las ciencias experimentales.

Mientras describíamos las condiciones de la conciencia, hemos ido revelando la estructura de la naturaleza humana; no sabemos experimentalmente de otra conciencia que la nuestra; sus fundamentos y exigencias vienen a ser, los de nosotros mismos.

3. EL HOMBRE Y LA FIGURA ORGÁNICA.—Hemos partido del destino y cuando de él se trata, bueno es oír también a la ciencia; en algún sentido ha dado su palabra sobre lo orgánico y en ese punto toca decisivamente al hombre; ha dicho en suma, que la figura, esencial a las diversas especies y tanto más fija y diferenciada cuanto más alta en la serie biológica, deriva de la ubicación y juego recíproco de las partes, siendo a su vez, movidas estas partes, por su ubicación, precisa en la figura; cada parte por su referencia a otras, adquiere propiedades cualitativas, que se perderían si aislándola, la reintegramos al mundo físico. La biología postula pues a través de su idea de figura, que el todo es mayor y diverso a la suma mecánica de elementos; esclarece así la vieja disputa sobre primacía de la forma o la función; forma y función vienen a ser ahora, el mismo ser mirado por sus dos caras; la forma, el biotipo, no nace momificado como creía la era mecánica,

sino es la concreción dinámica de un movimiento, de la tensión interior ejercida por unas partes sobre otras.

La idea de figura nada tiene pues de estático ni de místico; ya en geometría tres líneas no trazadas al azar, sino formando un triángulo, crean propiedades insospechadas; lo curioso es que en la polémica de siglos entre epigenistas y preformistas, exceptuando Goethe, no hubiese sido descubierta.

La figura aparece ya en la respuesta muscular precisa de un simple reflejo, pues es necesario ver en ella, no una anticuada expresión morfológica externa, sino una primacía, dirección y orden de los movimientos. Cuando un sistema orgánico decae, la figura se disuelve; así volviendo al recuerdo del reflejo, él ya no responde desde el área precisa, sino de otras más extensas, en vez de limitarse a un grupo muscular se extiende a varios y hasta opuestos, no da una sacudida, sino muchas.

En la idea de figura, tiene la biología un concepto no venido de la física y por eso valioso en el descubrimiento de lo humano, más, si se toma en cuenta, que ella se hace rigurosa, precisa y diferenciada —ejemplo, en el número de bio-tipos— a medida de su avance desde las plantas al hombre.

La física cuántica eliminó de la estructura atómica la validez del orden y la figura; la biología vuelve por ellos; la materia, cuando va disgregándose hasta sus elementos últimos, tiende a homogenizarse, así es la microfísica; en cambio, ordenada en figuras, emite cualidades variadas, que de otro modo se hacen latentes.

La figura —semejante en esto a la conciencia— nace del movimiento y orden de las partes; pero por ser producto de todas y de ninguna en especial, adquiere cierta autonomía frente al conjunto y desde luego, frente a cada una; en ese sentido nuestra idea de figura, a pesar de su dinamismo, es diversa a la de campo vectorial que desde la física intentan introducir en biología algunos investigadores actuales. En la medida que la figura se hace autónoma, impone una línea unitaria y es capaz aún de reproducirse en la descendencia; la necesidad íntima que la impulsa a esto, permanece es cierto en la sombra.

La figura, aquí planteada, no coincide por cierto con figura física exterior, ésta es uno de los modos de darse, pero en sí, es más bien, la dirección y el orden a que subordinan su actividad las diferentes partes.

En el caso del hombre es tal la diferencia figurativa en los bio-tipos y sexos, que ello habla por sí sólo, de la riqueza y variedad de órdenes posibles y así por otra vía, afirmamos del ser humano, lo revelado antes, en el estudio de los supuestos necesarios a la conciencia.

4. LAS CIENCIAS HISTÓRICAS.—Las ciencias históricas demuestran, si no la temporalidad esencial del hombre —lo que es del orden metafísico— la temporalidad de sus concepciones. El paso decisivo fué avalorar —usando la palabra de Rickert— mundos históricos distintos, sin menospreciarlos desde el ángulo de una determinada verdad y sin caer tampoco en el menosprecio del relativismo absoluto. Fué decisivo para ello, la diferenciación de formas y contenido en los procesos históricos; las formas históricas equivalen en cierto modo a las figuras biológicas, derivan espontáneamente de la calidad, orden y disposición de los contenidos y éstos resultan de la penetración por parte del “ser” del hombre, no de sus puras facultades cognoscitivas, en el “ser” del mundo. Es ese contacto previo entre ambos seres, el que despierta el interés de la inteligencia por desglosarlo y conocerlo; los conceptos inteligibles presuponen ya el contacto entre las substancias del hombre y mundo.

Aun cuando extraños, es posible coger contenidos de otras culturas, en la medida que son igualmente penetraciones en el ser, y el ser es unitario; lo que los torna de hecho cerrados e irreconciliables en su forma, que semejante a la figura viva, tiende a ordenarlos de un modo riguroso y absoluto. Dispuestos en otro orden, sus cualidades figurativas serían diversas.

Desde el punto de vista de saber de la esencia humana, hay avances decisivos: los contenidos culturales cambian, lo que prueba el cambio en dicha esencia, de otro modo, penetraría siempre en forma idéntica y el progreso histórico sería puramente lineal. Los contenidos persisten y se elaboran durante siglos en grupos de hombres que llamamos pueblos, y eso prueba que la esencia no admite cambios arbitrarios, sino procura crecer en una dirección, hasta agotarla; la esencia se desarrolla entonces a base de direcciones determinadas. Por fin, somos capaces de vivir culturas extrañas; por tanto, detrás de sus desarrollos particulares, hay un cierto arquetipo idéntico de toda esencia.

5. ESTRUCTURA METAFÍSICA DEL HOMBRE.—Desde la metafísica y desde la ciencia, la naturaleza humana aparece formada por variedad de elementos entregados a un orden, una dirección una actividad y una permanencia.

Como la idea de elemento indica más bien algo mecánico, la substituiremos por la de contenido, no por cierto, en el significado de contenido de conciencia o representación, sino en el de parte intrínseca del ser. Contenido será entonces, la mínima entidad, que indica variante cualitativa dentro de la esencia; no es como se comprende, algo perceptible, sino algo que se ve obligada a concebir la razón, cuando piensa en los fundamentos

de la conciencia, la figura orgánica, la historia, etc. Y la razón tiene derecho a ir más allá de lo perceptible, cuando se plantea el problema de su destino. La mínima entidad física es hasta ahora el mundo del ánimo, pero entre él y el contenido metafísico no hay correspondencia; los elementos del átomo se han desarticulado de su realidad en el seno de las cosas y se han hecho homogéneos.

Los contenidos metafísicos no son medidos por ecuaciones metafísicas, sino por el ser en cuanto ser; la intuición del ser es su punto de partida. En este ángulo, la ciencia nos abre a determinadas preguntas: ¿cómo es el ser, para que sea posible una atracción, una figura, un campo vectorial, una incertidumbre, una correspondencia? Al contestar ya no pueden usarse números matemáticos, sino ideas metafísicas, una es la de contenido. Nicolás Hartman veía claramente la estructura de la realidad en planos, y la necesidad de encontrar conceptos propios y adecuados para interrogar a cada uno. En acuerdo a eso, no deben usarse ideas propias de la biología o de la física cuando se investiga la substancia; así como la física recurre a la matemática, ambas deben finalmente recurrir a la metafísica.

El contenido es autónomo, no aislable, pues su ser lo debe al orden que mantiene frente a otros; contenido y orden son términos simultáneos; aislar un contenido es contradictorio, sus propiedades se disuelven privados del influjo de vecindad. Si hubiera teóricamente uno solo, se estaría fuera del ser, tal vez, en la zona de la materia prima aristotélica. ¿Cómo de una materia homogénea, puede derivarse un ser ordenado? ¿En virtud de qué si no es el azar, aparece un orden que la distribuye, convirtiendo sus elementos en contenidos? El orden en metafísica no es una disposición externa de partes, sino la referencia intrínseca de contenido a contenido; donde esa referencia se acaba, termina una esencia y empieza otra; la referencia más alta de esencia a esencia forma a su vez, la unidad del ser en cuanto ser. Para que haya orden deben pues, darse los contenidos y viceversa donde no hay los unos, jamás puede darse lo otro; en la composición de cuerpos físicos o de combinaciones químicas, es permitido, quizás, hablar de azar, diciendo que aquellas estables perduran, las demás se desintegran, pero los cuerpos de esas ciencias presuponen ya la existencia del ser; son algunos de sus modos perceptibles. El orden metafísico puede perderse y entonces los contenidos ir descendiendo a órdenes sucesivos, hasta la homogeneidad aparente de la micro-física, pero él no puede crearse en escala ascendente; ¿cómo hacer de lo homogéneo una substancia heterogénea? Si es que existe un ordenamiento del ser, como el planteado de hecho por el ser humano, debe existir por fuerza aún otro orden absoluto en el

cual se agote cada contenido; sería el orden de heterogeneidad máxima; los demás son aproximaciones. El corpúsculo físico aislado es ya, un artificio de la ciencia.

Los contenidos humanos no guardan de arriba a abajo un orden de igual firmeza; de un lado, la unicidad de la conciencia prueba la fuerte trabazón hasta el extremo de hacer posible la convergencia de acciones variadas al seno de una sola; del otro, la muerte, prueba también, lo laxo de algunas; ello nos lleva a distinguir dentro del todo, estratos de desigual firmeza; a los más unitarios y por tanto más ricos y variados —en acuerdo al principio de que riqueza de contenido y rigor de orden son simultáneos— los incluimos en el término espíritu, los más sueltos, en el de materia; no están separados; por el contrario aquellos de un orden más alto, procuran levantar a los más bajos; la medida en que esto se logra, es el progreso de la esencia humana y ello marca la diferencia entre los sexos, los individuos y los pueblos; es por otra parte la fuente de la temporalidad; el mayor ordenamiento de algunos contenidos —de los más laxos— indica de inmediato un enriquecimiento cualitativo de ellos y un crecimiento de la substancia. Lo eterno, lo que mantiene los límites de la especie es el tipo superior de ordenamiento, el del espíritu; el progreso se hace entonces a base de la proximidad mayor o menor a ese orden, de los contenidos corporales. La visión del mundo y la objetivación de la esencia en creaciones culturales, depende a su vez de aquel movimiento.

El destino del hombre es mantenerse fiel a un proceso, que la substancia desarrolla con su propia sabiduría y del cual, la inteligencia se limita a cerciorarse; él puede ser perturbado si la vida se utiliza en proteger exclusivamente planos bajos a costa de los más altos, encargados de levantarlos. La dignidad y también la tragedia del hombre, es que su conciencia puesta por naturaleza a distancia de su propio ser, puede destruirlo; este temor lo sume en el desamparo y le despierta la necesidad de pedir ayuda al orden más alto, al orden absoluto; en el plano del ser, se obra por presencia; la presencia constante de aquel orden en el espíritu, es capaz de conducirlo al acabamiento de su verdadero destino.

ARMANDO ROA